

La Revolución Norteamericana y las tensiones interpretativas en su historiografía reciente

The American Revolution and the tensions in his interpretive recent historiography
A Revolução Americana e as tensões na sua interpretação recente historiografia

AUTOR

Fernando Purcell
Instituto Historia
Pontificia Universidad
Católica de Chile

fpurcell@uc.cl

El artículo da cuenta del desarrollo historiográfico relativo a la Revolución Norteamericana de las últimas décadas. Se destacan las tensiones interpretativas de dos líneas historiográficas que no han logrado un mayor grado de complementación. Por una parte la de trabajos que privilegian el análisis de las motivaciones de grupos y comunidades locales durante la Revolución y por otra los que enfatizan miradas internacionales y transnacionales que suponen la existencia de una nación durante la Revolución.

Palabras claves:

Revolución Norteamericana, Historiografía Revolución Norteamericana

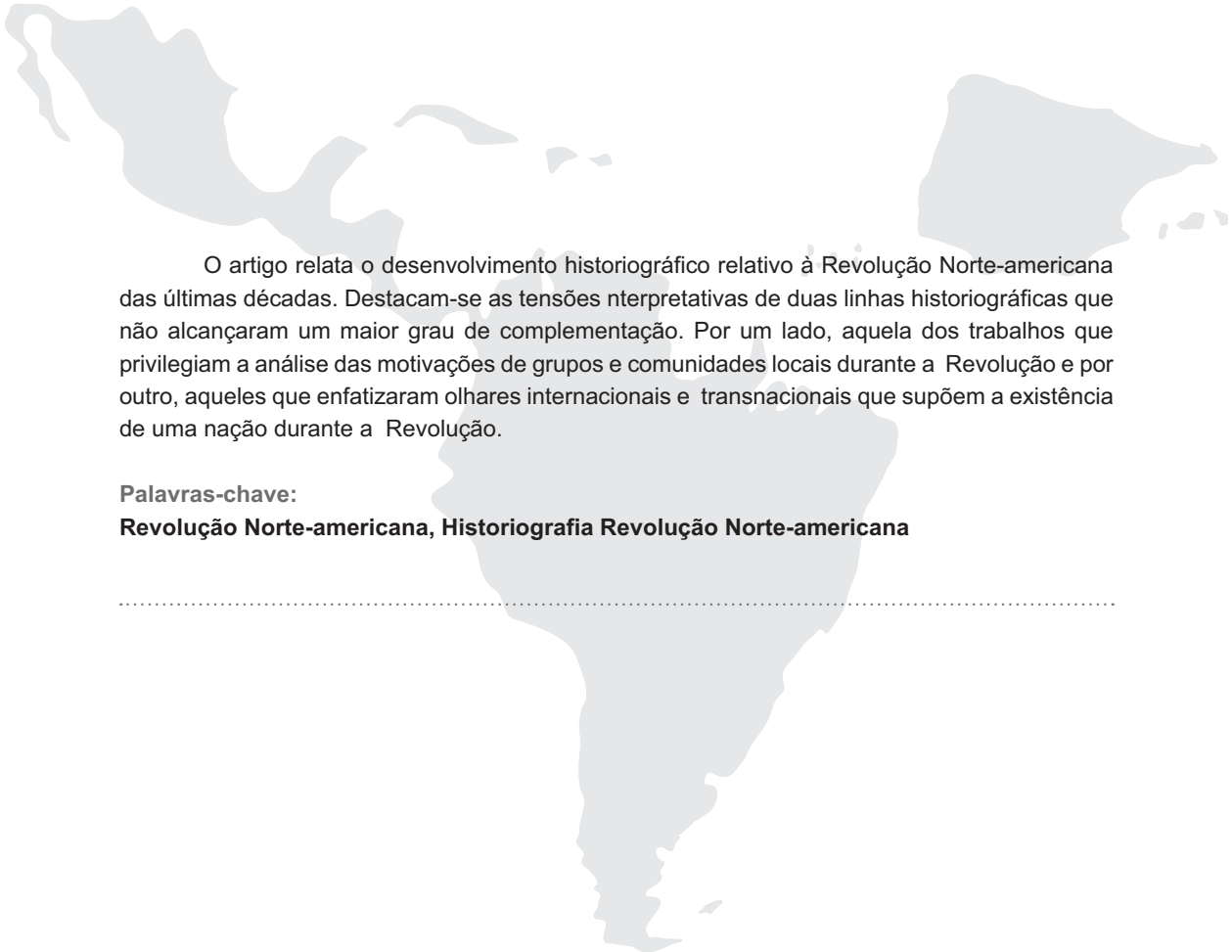
This article provides with an account of the historiographical development related to the North American Revolution during the last decades. It stresses tensions derived from two of the main interpretative streams, both of which have not reached a complementary dialogue. On the one hand there are works where motivations to participate in the Revolution by small groups and communities prevail in the analysis. On then other hand there are historians who apply an international or transnational approach to understand the Revolution. The latter supposes the existence of a nation during the Revolution, which seems problematic.

Key words:

North American Revolution, North American Revolution Historiography

DOI

**DOI 10.3232/
RHI.2008.V1.N1.03**



O artigo relata o desenvolvimento historiográfico relativo à Revolução Norte-americana das últimas décadas. Destacam-se as tensões interpretativas de duas linhas historiográficas que não alcançaram um maior grau de complementação. Por um lado, aquela dos trabalhos que privilegiam a análise das motivações de grupos e comunidades locais durante a Revolução e por outro, aqueles que enfatizaram olhares internacionais e transnacionais que supõem a existência de uma nação durante a Revolução.

Palavras-chave:

Revolução Norte-americana, Historiografia Revolução Norte-americana

Gran parte del desarrollo historiográfico norteamericano vinculado a la Revolución de fines del siglo XVIII ha girado en torno a la idea de una supuesta excepcionalidad del proceso que dio vida a los primeros bosquejos del proyecto nacional de los Estados Unidos¹. Sin embargo, la supuesta excepción norteamericana tiende a diluirse parcialmente al examinar el cúmulo de procesos revolucionarios acontecidos entre fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX en Europa y América. Todas estas revoluciones fueron constitutivas de un gran proceso histórico de mayor alcance propio del mundo Atlántico². Esto no obliga a suponer homogeneidad entre lo ocurrido en Europa y el mundo americano porque hubo causas, detonantes y circunstancias muy distintas para cada caso, muchas de las cuales se han transformado en sustento de los discursos de excepcionalidad. A pesar de lo anterior, sí hubo un grado de equivalencia en las consecuencias de los distintos procesos revolucionarios, en la medida que, tal como señalan María Teresa Calderón y Clément Thibaud, “la soberanía del pueblo, el gobierno representativo, la república, el ciudadano, las elecciones, las constituciones, el espacio público, el papel de la prensa y de las sociabilidades nuevas hacen parte de este patrimonio común”³.

Si no existe una excepcionalidad absoluta desde la perspectiva del impacto esencial de la Revolución Norteamericana, hay que reconocer al menos una cuota de peculiaridad sustentada en la anticipada manifestación revolucionaria en relación al resto de los movimientos similares de la época. Esto dejó huellas en el mundo contemporáneo, las que se expresan en la conformación de un modelo republicano que logró sintonía con los intereses expresados en otros espacios geográficos pocos años más tarde.

El carácter precursor del caso norteamericano influyó indirectamente también en el consecuente desarrollo historiográfico relativo a cada una de las revoluciones atlánticas, las que por mucho tiempo se analizaron por separado⁴. Producto del desfase temporal con revoluciones más tardías y considerando el estrecho vínculo posterior de dichos procesos con cada uno de los proyectos nacionales, se explican parte de las diferentes evoluciones historiográficas actuales. La prueba más evidente de lo anterior está en que ya hace 32 años que Estados Unidos se

1. Destaca en este sentido el influyente y temprano trabajo de George Bancroft, *History of the United States of America, from the Discovery of the American Continent*, Boston, Little, Brown and Company, 1854-1878, vols. 4-10. Se puede mencionar también el importante trabajo de Jack P. Greene, *The Intellectual Construction of America: Exceptionalism and Identity from 1492 to 1800*, Chapel Hill, North Carolina, University of North Carolina Press, 1994.

2. La historia atlántica ha sido construida como una unidad de análisis que tal como ha señalado Alison Games, resulta artificial desde la perspectiva de la geografía histórica, pero ha atraído un considerable desarrollo historiográfico que hoy en día considera desde los fenómenos revolucionarios e ideológicos, hasta la historia del tráfico esclavo, el comercio y la cultura material. Alison Games, “AHA Forum Atlantic History: Definitions, Challenges, and Opportunities”, *American Historical Review*, Vol 111, N° 3, Richmond, Virginia, 2006, pp. 741-757.

3. María Teresa Calderón y Clément Thibaud, *Las revoluciones en el mundo atlántico*, Bogotá, Taurus-Centro de Estudios en Historia. Universidad Externado de Colombia, 2006, p. 15.

4. Se puede mencionar, no obstante, un esfuerzo interpretativo notable y temprano que inauguró la noción de una historia revolucionaria Atlántica integrada como la propuesta por Robert Palmer, *Age of Democratic Revolution*, Princeton, Princeton University Press, 1959 y 1964, 2 vols. También es necesario destacar los aportes del libro de Jacques Godechot, *France and the Atlantic Revolution of the Eighteenth Century, 1770-1799*, New York, The Free Press, 1965. Otro texto importante al respecto es el de Lester D. Langley, *The Americas in the Age of Revolution: 1750-1850*, New Haven, Connecticut, Yale University Press, 1998.

encargó de conmemorar el Bicentenario de la Declaración de Independencia, lo que abrió espacios privilegiados para tempranas interpretaciones de la Revolución en clave nacional. Se puede agregar que mientras Iberoamérica ha visto proliferar en la última década estudios sobre la formación de las naciones teniendo como uno de sus referentes ineludibles las revoluciones de inicios del siglo XIX, la historiografía norteamericana se ha inclinado por el estudio de la construcción nacional sin una referencia obligada al hito de la Revolución experimentada entre 1763 y 1789⁵. De igual modo, se puede destacar que mientras en distintos países de Iberoamérica se debate y publica profusamente sobre patria, nación y ciudadanía, en Estados Unidos se dialoga cada vez con mayor fuerza sobre vinculaciones históricas internacionales y transnacionales, algo entendible producto del sitio de los Estados Unidos en el nuevo orden mundial que comenzó a configurarse tras el fin de la Guerra Fría.

Lo internacional y lo transnacional han comenzado a ganar terreno lentamente, pero en forma consistente, como categorías de análisis aplicadas tanto a la historia de los Estados Unidos en general, como al estudio de procesos históricos puntuales como el de la Revolución. Es necesario precisar, sin embargo, que esto no ha significado la desaparición de otro tipo de expresiones historiográficas sobre el periodo. De hecho, sigue en uso una línea historiográfica muy distinta de aquéllas que promueven hoy las narrativas históricas que incorporan a Estados Unidos al ámbito mundial. La referencia es a aquellos estudios de historia social que emergieron a fines de la década de 1960, que privilegian en cambio lo local y lo regional. Este tipo de estudios de larga y sólida trayectoria tiende a colisionar actualmente con las nuevas miradas en boga que trascienden las barreras de la nación, produciendo tensiones que no han sido aminoradas, producto de la falta de esfuerzos que tiendan a fomentar la convergencia de ambas líneas de estudio.

En las próximas páginas se explicarán las características esenciales de dos de los principales enfoques historiográficos que predominan hoy en el análisis de la Revolución, para luego concluir con una referencia a las dificultades que atentan contra la complementación de ambas aproximaciones⁶.

5. Con respecto al caso Iberoamericano ver: Antonio Annino y François-Xavier Guerra (coordinadores), *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2003. Para Latinoamérica ver: Hilda Sabato (coordinadora), *Ciudadanía política y formación de las naciones. Perspectivas históricas de América Latina*, Ciudad de México, El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica, 1999.

6. Más allá del énfasis del artículo sobre ciertas corrientes historiográficas, no hay que olvidar la presencia constante de obras que han reforzado el carácter fundacional de la nación estadounidense. Al respecto caben destacar trabajos publicados o reeditados en la última década que se vinculan a aquella importante línea historiográfica como el de Joseph J. Ellis, *Founding Brothers. The Revolutionary Generation*, New York, Vintage Books, 2000. También está el caso de una obra clásica revisada y editada hace tres años como la de Robert Middlekauff, *The Glorious Cause. The American Revolution, 1763-1789*, New York, Oxford University Press, 2005.

Miradas desde lo fragmentario

Este tipo de mirada historiográfica que concentra su análisis en lo ocurrido en pequeñas comunidades, grupos sociales o regiones durante la Revolución cobró fuerza desde la década de 1960 cuando las luchas por los derechos civiles en los Estados Unidos, así como una serie de movimientos ciudadanos de mujeres, inmigrantes e indígenas con fuertes cargas discursivas de identidad, sensibilizaron a muchos historiadores que dieron vida a una corriente historiográfica con énfasis en lo social. Los denominados historiadores sociales, que predominaron en el contexto de la conmemoración del Bicentenario de la Declaración de Independencia en 1976, transformaron los modos de escribir la historia de Estados Unidos brindando espacios para la aparición de monografías históricas que tendieron a enfatizar conflictos, diferencias e inequidades que socavaron la tradición historiográfica del “consenso” que predominó en los años iniciales de la Guerra Fría⁷. Trabajos cargados de esfuerzos atomizadores con énfasis en conceptos como clase, raza, religión, género o región, dieron vida a una forma de narrar y entender la Revolución Norteamericana que ha perdurado en el tiempo hasta nuestros días.

Uno de los trabajos emblemáticos dentro de esta línea de investigación es *The Minutemen and their World*, publicado por Robert Gross en el año del Bicentenario de la Declaración de Independencia⁸. Se trata de un libro sobre el pueblo de Concord, comunidad agraria de Massachusetts donde se vivió una de las batallas que dio inicio a la etapa bélica de la Revolución. Gross trata de comprender por qué los habitantes de Concord se motivaron a participar de la guerra, examinando las realidades locales de la comunidad antes, durante y después del conflicto. Lo que se revela es un pueblo que con anterioridad al desencadenamiento de la Revolución estaba marcado por la escasez, las divisiones religiosas y las presiones por la adquisición de nuevas tierras producto de una severa debacle económica. De acuerdo a Gross, las dificultades locales explican la conformación de una sociedad que, a fines del siglo XVIII, se mostraba poco interesada en asuntos externos; una comunidad ensimismada por sus propias circunstancias. Al momento de tratar de responder por qué los habitantes de Concord tomaron las armas para luchar por una causa revolucionaria, el autor demuestra que los impulsos derivaron de la supresión, por parte de la Corona Británica, de la libertad de reunión en los Town Meetings. Esto habría sido resultado directo de la promulgación de las denominadas Leyes Coercitivas de 1774, que buscaban poner fin a la rebeldía de los colonos de Boston, Massachusetts. Producto de que los Town Meetings se habían consolidado como un espacio de discusión altamente legitimado por los colonos para la solución de los múltiples conflictos internos, Gross concluye que los habitantes de Concord se involucraron en la revolución en busca del mantenimiento de las tradiciones locales y, por sobre todo, como una forma de preservar el principio de autonomía local.

7. Uno de los trabajos más importantes del “consenso” historiográfico estadounidense fue el de Edmund Morgan, *Birth of the Republic 1763-1789*, Chicago, University of Chicago Press, 1956. En el libro Morgan argumenta que hubo un acuerdo compartido por parte de los colonos que les permitió defender los derechos a propiedad, libertad e igualdad e imbuirse en un espíritu nacionalista que facilitó la construcción de la nación.

8. Robert A. Gross, *The Minutemen and their World*, New York, Hill and Wang, 1976.

Sólo las circunstancias de la guerra habrían llevado a la comunidad a imbuirse paulatinamente de un espíritu liberal republicano, muy alejado de las preocupaciones iniciales de los habitantes de Concord.

Ya en la década de 1990 apareció otro de los libros emblemáticos de esta línea de estudios fragmentarios para la comprensión del escenario revolucionario. Se trata del trabajo monográfico de Sylvia Frey, *Water from the Rock: Black Resistance in a Revolutionary Age*⁹. Aquí la autora privilegia el análisis del sur esclavista caracterizando el conflicto armado en la región como “una guerra sobre la esclavitud”¹⁰, valorando el papel de los esclavos como actores decisivos de un conflicto que en las colonias del sur se definió por una triangulación entre patriotas, británicos y esclavos. El eje central del libro se sitúa en las promesas de libertad hechas a los esclavos por parte de la Corona Británica, a cambio de la prestación de servicios militares. La autora destaca los importantes índices de fuga de esclavos que esto produjo durante la Revolución, alcanzando niveles impresionantes en Georgia, en donde un tercio de la mano de obra forzada de la colonia escapó del control de sus amos entre 1775 y el fin de la contienda en la batalla de Yorktown, 1781. Esto posibilitó un estado de revueltas esclavas en el sur en medio de la Revolución, y trajo como consecuencia que parte fundamental de la sociedad blanca desencadenara una guerra contra la opresión británica, motivada no por principios republicanos de autonomía, sino por el mantenimiento del pilar fundamental del sur: la esclavitud. Esto explicaría, según Frey, la paradoja de que una vez consagrada la revolución libertaria, se endurecieron en el sur los mecanismos de control de la esclavitud a través de la implementación de nuevas leyes coercitivas y la formulación de una nueva ideología de dominio esclavo que validaba la evangelización cristiana de los esclavos (antes prohibida), con la finalidad de justificar la institución bajo el principio de las obligaciones mutuas y el respeto de los esclavos a sus amos, quienes asumían una figura mucho más paternalista que antaño. Las revueltas del sur durante las luchas por la independencia, y con posterioridad la Revolución de Santo Domingo, fueron factores que contribuyeron a perfilar un nuevo paradigma de legitimación de la esclavitud. Así se explica, en parte, la paradoja de una nación que se fundó, al mismo tiempo, sobre los cimientos de la libertad y de la esclavitud¹¹.

Dando un salto cronológico importante, nos situamos en la actualidad para destacar uno de aquellos trabajos que demuestra la vigencia actual de aquellos estudios centrados en aspectos locales o regionales de la revolución. El trabajo de Trish Loughran, *The Republic in Print. Print Culture in the Age of U.S. Nation Building, 1770-1870*, publicado en 2007, provee una mirada que cuestiona premisas sobre la importancia de la cultura impresa norteamericana durante la

9. Sylvia R. Frey, *Water from the Rock: Black Resistance in a Revolutionary Age*, Princeton, Princeton University Press, 1991.

10. *Ibidem*, p. 45.

11. Edmund S. Morgan, *American Slavery, American Freedom. The Ordeal of Colonial Virginia*, New York, W.W. Norton & Company, 1975.

Revolución como elemento aglutinador¹². Su argumento esencial es que no fue la conectividad y la circulación masiva y extensiva de textos durante la Revolución lo que permitió avanzar en el proyecto hacia la constitución de la república y la nación. La imprenta, en cambio, habría mantenido un carácter más bien local, dando pie a culturas de imprenta (en plural) que no jugaron un papel tan relevante, como se creía, en el fortalecimiento de los sentimientos revolucionarios. Analizando el papel de impresores itinerantes y establecidos, autores de panfletos y textos, vendedores de libros y políticos, Loughran llega a la conclusión de que la cultura de imprenta revolucionaria en los Estados Unidos fue una industria que no produjo unión ni comunión en torno a proyectos revolucionarios comunes, sino colaboró en la fragmentación de secciones o regiones. La estructura de circulación de textos impresos funcionaba desde el período colonial en directa relación con la metrópolis y no entre colonias y ni siquiera la Revolución pudo romper del todo esa costumbre. La mejor prueba de lo anterior está para Loughran en la limitada visibilidad de textos a los que mitológicamente se les ha atribuido circulaciones exorbitantes como en el caso del *Common Sense* de Thomas Paine, un supuesto best seller de aquellos años. Tal como en el caso de los trabajos antes mencionados, la monografía de Loughran nos muestra una tradición historiográfica que desde la década de 1960 ha venido explorando los vericuetos de la Revolución, apelando a un estudio de realidades locales y regionales que dan cuenta de la enorme diversidad étnica, racial, religiosa, económica y social de las distintas colonias que pasaron a formar parte de los Estados Unidos.

Los trabajos de Robert Gross, Sylvia Frey y Trish Loughran ponen de manifiesto que las motivaciones para sumarse al proceso revolucionario no sólo fueron disímiles en distintos espacios norteamericanos, sino que distintas comunidades se involucraron en la Revolución con fines profundamente distintos de los logrados como resultado del proceso completo. Lo anterior se explica por el desfase entre una vivencia revolucionaria que en muchos lugares estuvo marcada inicialmente por un ensimismamiento en que resaltaron los referentes y preocupaciones locales y la posterior toma de conciencia del significado e impacto de aquellas vivencias a nivel local o regional, una vez que las ex-colonias se vieron insertas vertiginosamente en el proceso de conformación de un proyecto republicano¹³.

La desconexión entre la experiencia vivida y la toma de conciencia, sumada a las diferencias entre las motivaciones y sus consecuencias, han llevado a ciertos historiadores a cuestionar o al menos relativizar el supuesto carácter revolucionario del proceso norteamericano¹⁴. Sin embargo, si se apela al sentido original de la palabra *revolutio*, que remitía al pasado, al restablecimiento

12. Trish Loughran, *The Republic in Print. Print Culture in the Age of U.S. Nation Building, 1770-1870*, New York, Columbia University Press, 2007.

13. Con respecto a la distinción entre las vivencias y la toma de conciencia ver, Graciela Soriano, "Tiempos y destiempos de Revolución. Una propuesta de análisis sobre coincidencias y disidencias en tiempos y espacios", Calderón y Thibaud (editores), *op. cit.*, pp. 146-147.

14. Un buen ejemplo de lo anterior es la propuesta de Laurel Thatcher Ulrich, *A Midwife's Tale. The Life of Martha Ballard Based on Her Diary, 1715-1812*, New York, Alfred A. Knopf, 1990.

de escenarios pretéritos alterados por las circunstancias, la valoración del periodo histórico revolucionario y sus implicancias puede variar. De acuerdo a Graciela Soriano, el significado original de la palabra se conservó para denominar incluso los movimientos revolucionarios ingleses del siglo XVII, “con los que se aspiraba a restaurar algún orden perdido”¹⁵. El cambio de valoración del significado de la palabra revolución vino con la Revolución Francesa, cuando la orientación y los énfasis comenzaron a ponerse en el futuro, en los intereses y efectos vinculados al porvenir. Esto se relaciona con el hecho de que en Francia hubo un quiebre profundo con el pasado del Antiguo Régimen, asignándole aquello una cuota importante de “progresismo” a la idea de revolución. El caso norteamericano no sólo se caracterizó por la búsqueda del restablecimiento de situaciones anteriores a 1763, algo que predominó hasta 1775. También fue “progresista” en la medida que generó una independencia política de la metrópolis y un tránsito hacia el establecimiento de principios republicanos de un conglomerado de ex-colonias. Así, la Revolución Norteamericana se sitúa entonces como una bisagra temporal, en términos de la valoración de lo efectivamente revolucionario.

El énfasis en el carácter progresista de la Revolución Norteamericana ha propiciado lecturas que han subrayado el carácter radical de la Revolución, bandera de lucha historiográfica que ha sido liderada por Gordon Wood desde inicios de la década de 1990. Wood, ignorando por completo el acento puesto en la diversidad de las colonias propia de los historiadores sociales, generó una visión general del proceso revolucionario. Para Wood, dicho proceso supuso un impacto que llevó al desuso de los hábitos de deferencia social, la desaparición del complejo de inferioridad de los ex-colonos y la aparición de un hombre libre que rápidamente dejó de lado la capacidad de anteponer el bien común por sobre sus intereses personales, para configurar un perfil ciudadano liberal en donde predominaban los derechos individuales y el bienestar económico personal¹⁶. Las respuestas a la tesis de Wood no se dejaron esperar y dieron lugar a un foro organizado por la influyente revista *William and Mary Quarterly* en donde historiadores como Joyce Appleby, Michel Zucherman y Barbara Smith lo criticaron por haber propuesto una tesis que obviaba en sus postulados los resultados investigativos de una consolidada tradición historiográfica que con esfuerzo había levantado las voces de pobres, mujeres, esclavos y colonos pertenecientes a comunidades con realidades diversas que no siempre gozaron de los principios libertarios de las elites masculinas blancas¹⁷. En otras palabras, con el debate quedó en evidencia una escisión entre una mirada nacional homogenizante del impacto de la Revolución, como la presentada por Wood, y los aspectos más relevantes de una tradición historiográfica que desde la década de 1960 venía privilegiando miradas fragmentarias para comprender el mismo proceso histórico. Las tensiones aumentarían en la medida que la década de 1990 vio emerger también visiones historiográficas que han ubicado a la Revolución Norteamericana en un escenario que

15. Soriano, *op. cit.*, pp. 146-147.

16. Gordon S. Wood, *The Radicalism of the American Revolution*, New York, Vintage Books, 1993 [1991].

17. Forum, “How Revolutionary Was the Revolution? A Discussion of Gordon Wood’s *The Radicalism of the American Revolution*”, *William and Mary Quarterly*, Vol XLI, N° 3, Williamsburg, Virginia, 1992, pp. 677-716.

no sólo escapa a lo local, sino incluso a lo nacional, posicionándola en el ámbito de la historia mundial.

Perspectivas internacionales y transnacionales

Como contraposición a una tradición historiográfica que ha buscado entender la Revolución desde las realidades locales y regionales, irrumpió a inicios de la década de 1990, una línea de investigación que ha buscado comprender los sucesos revolucionarios norteamericanos, así como el conjunto de la historia de los Estados Unidos desde una perspectiva internacional. El afán por internacionalizar la historia de los Estados Unidos ha tenido como finalidad el descubrir alternativas para superar el encapsulamiento propio de los esfuerzos investigativos en clave nacional, intentando de paso reexaminar o directamente derribar nociones de excepcionalidad asociadas a la historia de este país¹⁸. Éstas han proliferado a lo largo de la historia de los Estados Unidos y han sido rescatadas tanto del pasado republicano como del colonial. El más claro ejemplo de lo anterior está en la oración de John Winthrop a bordo del *Arbella* mientras se aproximaba, junto a colonos puritanos, a las costas de Massachusetts en 1630. En aquella instancia, Winthrop expresó que la colonia puritana se convertiría en “a city upon a hill” o “una ciudad sobre la colina”, que iluminaría al mundo con sus ejemplos¹⁹. Detrás de la famosa prédica, impresa y difundida sólo en el siglo XIX, estuvo la plataforma para la conformación de una de las nociones de excepcionalidad de mayor impacto en la historia republicana de Estados Unidos. Winthrop transformaba a los colonos ingleses puritanos en un pueblo elegido para habitar nuevas tierras, todo gracias a una sanción divina. Esta idea permeó las barreras cronológicas del periodo colonial y la Revolución, incrustándose en el alma de la nación durante el periodo republicano en el que emergieron ideas complementarias como la del Destino Manifiesto o la tesis fronteriza de Frederick Jackson Turner.

Ni siquiera los esfuerzos de historia comparada rompieron con el peso de las nociones de excepcionalidad. Prueba está que las miradas comparativas, especialmente en el siglo XIX, tendieron a reforzar aún más la idea de una excepcionalidad norteamericana²⁰. Hoy, autores como Ian Tyrrell y Thomas Bender están a la cabeza de una línea de investigación que ha intentado derribar la idea de Estados Unidos como una excepción histórica, contribuyendo a complementar aquella tradición académica apegada a la nación que tendió a remover la historia de Estados Unidos del terreno internacional y que sostenía la premisa de que “Estados Unidos

18. El trabajo que abrió el debate al respecto fue el importante artículo de Ian Tyrrell, “American Exceptionalism in an Age of International History”, *American Historical Review*, Vol 96, N° 4, Richmond, Virginia, 1991, pp. 1031-1055.

19. Carl Guarneri, *America in the World. United States History in Global Context*, New York, McGraw Hill, 2007, p.13.

20. Ron Robin, “The Exhaustion of Enclosures: A Critique of Internationalization”, Thomas Bender (editor), *Rethinking American History in a Global Age*, Berkeley, University of California Press, p.369.

[está] 'aquí' y lo internacional 'más allá'", como indica Thomas Bender²¹. El interés va por integrar y no sólo contrastar o comparar la historia de Estados Unidos con amplias narrativas, evitando de paso el aislamiento desde la perspectiva del análisis histórico. De cualquier forma, es necesario puntualizar que los esfuerzos actuales no pasan por reforzar la historia de las relaciones internacionales, sino por "entender cada dimensión de la historia de Estados Unidos como necesariamente entrelazada con otras historias"²².

Este tipo de miradas internacionales ciertamente ha influido en las consideraciones sobre el fenómeno de la Revolución Norteamericana. El propio Thomas Bender, en su último libro *A Nation Among Nations. America's Place in World History*, aporta con sus renovadas miradas. Bender contribuye haciendo un alcance que rompe con una visión manifestada en 1909 por Carl Becker, quien destacó que la Revolución había implicado una doble contienda: una por el poder como nación independiente de la Corona Británica y otra por el poder dentro de ese proyecto nacional incipiente. Bender agrega una tercera dimensión que destaca el lugar de la Revolución dentro del escenario de disputas de los grandes poderes mundiales. El hecho de que James Madison, en la Convención Constitucional de Filadelfia de 1787, señalara que la libertad de las colonias se explicaba por una lucha de poder entre las grandes potencias imperiales, inspiró a Thomas Bender quien en sus textos invita a redefinir el marco de análisis. Es sólo dentro del contexto de las luchas entre Inglaterra y Francia, experimentadas entre 1689 y 1815, que se puede entender la Revolución en Norteamérica, explica el autor. Y cualquier aproximación que sólo se centre en la lucha por la independencia o los conflictos intestinos en busca de resolver la preeminencia política y económica dentro del conglomerado de colonias, resulta insuficiente. Complementarias a las ideas de Bender, son las expresadas por Jack P. Greene, quien ha sostenido que la "Revolución de los Estados Unidos puede ser comprendida más enteramente si se mira como el primer paso en el proceso de desmantelamiento, todavía incompleto, de las estructuras imperiales creadas durante la era temprano-moderna para asociar política, económica y socialmente áreas del mundo encontradas nuevamente en los nuevos Estados nacionales de Europa"²³.

En la misma línea de lo expuesto por Bender y Greene están las propuestas de David Armitage, quien sostiene que si un documento tan fundamental para el desarrollo histórico de los Estados Unidos como la Declaración de Independencia, puede ubicarse en un contexto mundial, entonces la totalidad de la historia norteamericana puede correr la misma suerte. Es así como Armitage viene a resaltar pasajes del texto fundacional de los Estados Unidos que vinculan la realidad de las colonias y sus intenciones autonómicas, con el resto del mundo. Armitage destaca el párrafo inicial que detalla la voluntad de asumir "entre los poderes de la Tierra, un

21. Thomas Bender, "Introduction. Historians, the Nation, and the Plenitude of Narratives", Bender (editor), *op. cit.*, p. 5.

22. *Ibidem*, p. 6

23. Jack P. Greene, "La primera revolución atlántica: Resistencia, rebelión y construcción de nación en los Estados Unidos", Calderón y Thibaud (editores), *op. cit.*, p. 20.

sitio separado e igual". Al mismo tiempo, considera interesante destacar que la enumeración de los "agravios y usurpaciones repetidas" cometidos por Gran Bretaña, que constituyen la esencia sobre la que se justificó la independencia, buscaban ser expuestos no sólo ante Gran Bretaña, sino primordialmente "ante un mundo que no los conoce". Para Armitage, con la Declaración de Independencia se buscaba convertir un conflicto entre súbditos británicos dentro de la esfera del Imperio Británico, en una guerra legítima entre estados regidos por las leyes propias del orden de naciones a nivel mundial. Por lo mismo, los colonos requerían un reconocimiento internacional de su causa, así como aliados internacionales con lo que se sentaban las bases esencialmente internacionales del proyecto expresado en la Declaración de Independencia²⁴. Armitage concluye que "de hecho, la Declaración de Independencia, en el contexto global, es sobre todo un testimonio de cómo un mundo de Estados surgió desde un mundo anterior de imperios multinacionales"²⁵.

Este tipo de ideas que vinculan necesariamente la Revolución Norteamericana a un escenario internacional más amplio es lo que resalta Carl Guarneri, quien recuerda la expresión del escritor Ralph Waldo Emerson quien setenta años más tarde del estallido de la Revolución escribió que los primeros disparos en Concord, Massachusetts, en abril de 1775, fueron "escuchados en todo el mundo"²⁶. La frase anterior sirve como elemento estructurador del análisis de un fenómeno revolucionario como el norteamericano que es caracterizado por Guarneri como esencialmente integrado a otros que se vivieron contemporáneamente en Europa y América. Guarneri aventura también en el ejercicio comparativo formulando la idea de que el excepcionalismo revolucionario no es norteamericano, sino caribeño, ubicando a Santo Domingo y su revolución, cuyas bases están en los sucesos de 1791, como la más radical de todas, debido a que evolucionó desde una revuelta de ex-esclavos y blancos, a una rebelión esclava, para transformarse en sus últimos años en una lucha contra la intervención extranjera que permitió las expresiones independentistas que culminaron con la creación de Haití en 1804.

Por último, es importante destacar el aporte del australiano Ian Tyrrell, quien examinando el periodo que va entre mediados del siglo XVIII y 1815, ha destacado que para la naciente república de Estados Unidos, éste se trató de un momento de "irrefutables vínculos con procesos transnacionales"²⁷. Dentro de ellos Tyrrell resalta, al igual que otros autores, los conflictos imperiales y su relevancia en la conformación de un contexto favorable para el establecimiento de un proyecto republicano. A esto añade la importancia de la circulación de personas e ideas, ejemplificando lo anterior en las experiencias de Thomas Jefferson, un hombre que jugó un papel preponderante durante y después de la Revolución y quien colaboró en darle forma a la nación

24. David Armitage, "The Declaration of Independence in World Context", Gary W. Reichard y Ted Dickson (editores), *America on the World Stage. A Global Approach to U.S. History*, Chicago, University of Illinois Press, 2008, pp. 17-28.

25. *Ibidem*, p. 24.

26. Guarneri, *op. cit.*, p. 95.

27. Ian Tyrrell, *Transnational Nation. United States History in Global Perspective since 1789*, New York, Palgrave Macmillan, 2007, p. 12.

considerando lo experimentado en el mundo europeo.

Aproximaciones historiográficas como las de Thomas Bender, Jack Greene, Carl Guarneri e Ian Tyrrell ganan terreno progresivamente en la producción histórica norteamericana. Sus esfuerzos han intentado desmoronar una serie de paradigmas sólidamente arraigados en la sociedad estadounidense que se vinculan, en la mayoría de los casos a la idea de la excepcionalidad histórica del país del Norte. El problema es que sus propuestas parten de la base de una inserción de “Estados Unidos”, como unidad, en el contexto internacional, obviando la disgregada y disímil realidad revolucionaria de aquella porción limitada de colonias británicas americanas que terminó dando forma a los Estados Unidos como nación, cuestión que pudo ser consagrada sólo después de 1789. Este tipo de trabajos ha pasado por alto la “elasticidad” de los sistemas imperiales, privilegiando definiciones que suponen la existencia de centros irradiando su poder hacia periferias que crecen escindidas y que están destinadas a desligarse de las metrópolis a la primera oportunidad que se presente. Aproximaciones como aquéllas, resalta Jeremy Adelman, no dan cuenta de las verdaderas relaciones de negociación y acomodación ni de las complejas redes de oportunismo, lealtad y manifestación de intereses diversos que atravesó cada uno de los sistemas imperiales en dicha coyuntura temporal, suponiendo la existencia de una coherencia “nacional” de 13 colonias que no era tal durante la Revolución²⁸. Esta realidad nos permite entender la tensión que los estudios internacionales y transnacionales generan con aquella tradición historiográfica antes reseñada que resalta el dinamismo y la manifiesta diversidad de las realidades coloniales británicas en América durante la Revolución. Lo problemático es que al otro lado de la cerca figura una línea historiográfica impulsada por los denominados historiadores sociales, que más allá de la riqueza documental y el valioso protagonismo que otorga a tantos actores marginales, termina por elaborar una visión que llega al otro extremo, la de proponer una historia a pedazos²⁹.

Conclusión

Luego de exponer sobre dos de los principales enfoques historiográficos que priman hoy acerca de la Revolución Norteamericana, uno que privilegia lo local, lo grupal y lo regional y otro lo internacional y transnacional, cabe preguntarse si es que es posible alcanzar miradas complementarias entre ambas propuestas, un poco al estilo de la “historia universal” del pequeño pueblo michoacano de Santa José de Gracia, escrita por Luis González en su libro de 1968, Pueblo

28. Jeremy Adelman, “An Age of Imperial Revolutions”, *American Historical Review*, Vol 113, N° 2, Richmond, Virginia, 2008, pp. 329-330.

29. Al respecto es muy interesante la reflexión de David Oshinsky, “The Humpty Dumpty of Scholarship. American History Has Broken in Pieces. Can It Be Put Together Again?”, *New York Times*, Arts & Ideas, 26 de agosto, 2000.

en Vilo³⁰. Parece haber dificultades conceptuales al respecto, en la medida que gran parte de los esfuerzos por ampliar las miradas y situar la Revolución Norteamericana en contextos mundiales, son parte de un movimiento que busca “internacionalizar” la historia de Estados Unidos. Más allá de la búsqueda de trascender lo circunscrito a una nación en particular, la internacionalización no deja de lado la matriz nacional al momento de indagar sobre el “tránsito de bienes, servicios, acciones y personas a través de las fronteras”³¹. La pregunta entonces es cómo internacionalizar el estudio de una Revolución que, si bien tuvo como resultado el que se establecieran las bases de una nación, no respondió, al menos en las motivaciones de tantas comunidades y grupos, a un impulso de forjamiento nacional ni en sus orígenes ni en gran parte de su desarrollo. La misma duda surge para la aplicación de categorías de análisis transnacionales que implican “el movimiento de gente, ideas, tecnologías e instituciones a través de límites nacionales”, aunque en un determinado límite temporal correspondiente con “la emergencia de los estados-nación como un fenómeno importante a nivel mundial”³².

Estableciendo un balance en el análisis, no podemos desconocer que los eventos ocurridos en suelo norteamericano a fines del siglo XVIII fueron parte de amplios procesos que incluyeron flujos de personas, ideas, estilos de vida y nuevas formas de relación, pero es altamente discutible la localización de estos procesos dentro de un esquema propiamente “nacional”. Tanto o más problemática resultan las aproximaciones que buscan integrar “una” historia de la Revolución al escenario mundial, cuando la realidad indica la multiplicidad de experiencias revolucionarias que no pueden ser cohesionadas forzosamente. Más allá de que en la Revolución haya estado el germen de la proyección de un Estado-Nación, el estudio basado en miradas fragmentarias del periodo evidencia que en las verdaderas motivaciones de muchas comunidades y grupos humanos para participar de la Revolución no siempre estuvo tan clara la posibilidad de la emergencia de un estado-nación, al menos antes de 1776. Entonces, el gran peligro que hay detrás de la utilización de categorías como la de lo internacional y lo transnacional para un fenómeno como el de la Revolución Norteamericana, es el de reforzar miradas teleológicas que asignan significados posteriores a eventos, procesos o hitos que en su gestación y desarrollo tuvieron características y finalidades muy distintas. El ejemplo más claro de lo anterior es el patriotismo asignado por parte de la historiografía a los voluntarios de Concord analizados por Robert Gross, considerando que realmente no fue el amor a la patria lo que los llevó a enfrentarse a la Corona Británica en 1775, sino problemas de orden comunitario, de carácter local. Incluso en el terreno historiográfico podemos encontrar ejemplos de lo anterior, sobre todo si nos situamos en el origen del tratamiento histórico de la Revolución. La primera historia de la Revolución con un carácter “nacional”, en el sentido de buscar la cohesión social a partir del establecimiento de una narrativa común, fue escrita recién en 1789, después de

30. Luis González, *Pueblo en Vilo*, Ciudad de México, El Colegio de México, 1968.

31. Hugo Fazio Vengoa, *Cambio de paradigma: De la Globalización a la Historia Global*, Bogotá, Uniandes-Ceso, 2007, p. 8.

32. Tyrrell, *op. cit.*, p. 3.

que la guerra hubiera terminado en 1781 y tras largos años de discusiones por resolver una forma de gobierno republicano que garantizara las autonomías de cada una de las ex colonias británicas. Previo a ese hito historiográfico apareció en 1785 el libro de David Ramsay titulado *The History of the Revolution of South Carolina*, que como su título expresa claramente, no asumía la Revolución desde una perspectiva nacional, sino esencialmente regional. Podríamos concluir que si partimos de la base de que las naciones, como acuerdos colectivos, siempre han requerido de una historia común, es evidente que no existía nación, ni menos un sentimiento nacional extendido antes de 1789, fecha en que se logró zanjar el dilema constitucional. De ahí que resulte problemático aplicar categorías que apunten a lo internacional o lo transnacional para el estudio de una Revolución que se ubica en un periodo de transición hacia lo nacional.

El francés Gérard Noiriel ha hablado de la existencia de una “tiranía de lo nacional” que nos impide ver más allá del horizonte de lo familiar, que constriñe nuestras posibilidades interpretativas³³. Esta señal de alerta ha sido tomada por personas como Thomas Bender, de los Estados Unidos, quien se ha transformado tal vez en el principal crítico de los límites que impone el análisis interpretativo que surge exclusivamente desde la nación, recordándonos que las historias nacionales no son autosuficientes y tampoco se sostienen por sí mismas, sino que cobran sentido en su relación con la de otros lugares del mundo. Considerando seriamente el mensaje de Noiriel, es necesario reconocer que nos encontramos ante un proceso histórico como el de la Revolución, que si bien es cierto requiere de miradas amplias y de una inserción en un contexto mayor de procesos revolucionarios e imperiales, también obliga a un reconocimiento de las peculiaridades locales y regionales, sin que la exacerbación de lo anterior impida establecer los niveles básicos de generalización de una interpretación histórica.

¿Cómo lograr una síntesis? La respuesta puede parecer simple, aunque no su aplicación práctica: logrando un balance entre las miradas a comunidades disgregadas “representativas” en cuya tipicidad puede haber un gran valor, e insertándolas dentro de procesos más amplios como el de la circulación de ideas e ideologías y el de las luchas imperiales de fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX³⁴. La dificultad viene de la mano de poder integrar las historias de imperios y de naciones en formación que no están coherentemente conectadas a partir de sus lógicas internas³⁵. En dicho balance las categorías de análisis deberían adecuarse a las realidades de estudio, de modo de evitar los inconvenientes y limitantes propias de categorías que no pueden ser utilizadas adecuadamente en contextos sumamente cambiantes y transitorios como el de la Revolución Norteamericana.

33. Gérard Noiriel, *La Tyrannie du national. Le droit d'asile en Europe (1793-1993)*, Paris, Calmann-Lévy, 1991.

34. Un buen balance como el señalado es el que se logra en el libro de Alan Taylor, *The Divided Ground. Indians, Settlers, and the Northern Borderland of the American Revolution*, New York, Alfred A. Knopf, 2006.

35. Adelman, *op. cit.*, p. 323.

Tal como ha destacado Chris Bayly al debatir sobre el presente de las historias transnacionales, se requiere una flexibilización de los conceptos “para no caer nuevamente en una mirada amplia de la historia de un mundo constituido exclusivamente por naciones y nacionalismos”³⁶. Todo esto debiera llevar, en el fondo, a la elaboración de visiones historiográficas que rompan con las narrativas que empleando un sentido teleológico, han simplificado la plataforma de análisis de la realidad revolucionaria norteamericana queriendo ver en ella signos inequívocos de la existencia de una nación estadounidense mucho antes de 1789.

Bibliografía

Adelman, Jeremy, “An Age of Imperial Revolutions”, *American Historical Review*, Vol 113, N° 2, Richmond, Virginia, 2008.

Annino, Antonio y Guerra, François-Xavier (coordinadores), *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2003.

Armitage, David, “The Declaration of Independence in World Context”, Gary W. Reichard y Ted Dickson (editores), *America on the World Stage. A Global Approach to U.S. History*, Chicago, University of Illinois Press, 2008.

Bancroft, George, *History of the United States of America, from the Discovery of the American Continent*, Boston, Little, Brown and Company, 1854-1878, vols. 4-10.

Bender, Thomas (editor), *Rethinking American History in a Global Age*, Berkeley, University of California Press, 2002.

Calderón, María Teresa y Thibaud, Clément, *Las revoluciones en el mundo atlántico*, Bogotá, Taurus-Centro de Estudios en Historia. Universidad Externado de Colombia, 2006..

Ellis, Joseph J., *Founding Brothers. The Revolutionary Generation*, New York, Vintage Books, 2000.

Fazio Vengoa, Hugo, *Cambio de paradigma: De la Globalización a la Historia Global*, Bogotá, Uniandes-Ceso, 2007.

Forum, “How Revolutionary Was the Revolution? A Discussion of Gordon Wood’s *The Radicalism of the American Revolution*”, *William and Mary Quarterly*, Vol XLI, N° 3, Williamsburg, Virginia, 1992.

Frey, Sylvia R., *Water from the Rock: Black Resistance in a Revolutionary Age*, Princeton, Princeton University Press, 1991.

36. Chris Bayly, “AHA Conversation on Transnational History”, *American Historical Review*, Vol 111, N° 5, Richmond, Virginia, 2006, p. 1449.

Games, Alison, "AHA Forum Atlantic History: Definitions, Challenges, and Opportunities", *American Historical Review*, Vol 111, N° 3, Richmond, Virginia, 2006.

Godechot, Jacques, *France and the Atlantic Revolution of the Eighteenth Century, 1770-1799*, New York, The Free Press, 1965.

González, Luis, *Pueblo en Vilo*, Ciudad de México, El Colegio de México, 1968.

Greene, Jack P., *The Intellectual Construction of America: Exceptionalism and Identity from 1492 to 1800*, Chapel Hill, North Carolina, University of North Carolina Press, 1994.

Gross, Robert A., *The Minutemen and their World*, New York, Hill and Wang, 1976.

Guarneri, Carl, *America in the World. United States History in Global Context*, New York, McGraw Hill, 2007

Langley, Lester D., *The Americas in the Age of Revolution: 1750-1850*, New Haven, Connecticut, Yale University Press, 1998.

Loughran, Trish, *The Republic in Print. Print Culture in the Age of U.S. Nation Building, 1770-1870*, New York, Columbia University Press, 2007.

Middlekauff, Robert, *The Glorious Cause. The American Revolution, 1763-1789*, New York, Oxford University Press, 2005.

Morgan, Edmund, *Birth of the Republic 1763-1789*, Chicago, University of Chicago Press, 1956.

-----, *American Slavery, American Freedom. The Ordeal of Colonial Virginia*, New York, W.W. Norton & Company, 1975.

Noiriel, Gérard, *La Tyrannie du national. Le droit d'asile en Europe (1793-1993)*, Paris, Calmann-Lévy, 1991.

Palmer, Robert, *Age of Democratic Revolution*, Princeton, Princeton University Press, 1959 y 1964, 2 vols.

Oshinsky, David, "The Humpty Dumpty of Scholarship. American History Has Broken in Pieces. Can It Be Put Together Again?", *New York Times, Arts & Ideas*, 26 de agosto, 2000.

Sábato, Hilda (coordinadora), *Ciudadanía política y formación de las naciones. Perspectivas históricas de América Latina*, Ciudad de México, El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica, 1999.

Taylor, Alan, *The Divided Ground. Indians, Settlers, and the Northern Borderland of the American Revolution*, New York, Alfred A. Knopf, 2006.

Thatcher Ulrich, Laurel, *A Midwife's Tale. The Life of Martha Ballard Based on Her Diary, 1715-1812*, New York, Alfred A. Knopf, 1990.

Tyrrel, Ian, "American Exceptionalism in an Age of International History", *American Historical Review*, Vol 96, N° 4, Richmond, Virginia, 1991,

-----, *Transnational Nation. United States History in Global Perspective since 1789*, New York, Palgrave Macmillan, 2007.

Wood, Gordon S., *The Radicalism of the American Revolution*, New York, Vintage Books, 1993 [1991].